

MIENTRAS YO CONSERVE EL SUEÑO

REVISTA FÁROL #7



Revista Farol

Mientras yo conserve el sueño, octubre 2017

Medios de contacto:

farol@cosaschidas.net

[facebook.com/nolvidar](https://www.facebook.com/nolvidar)

<http://farol.cosaschidas.net>

Los textos e imágenes incluidos en esta obra son propiedad intelectual de sus respectivos autores.

Índice

Carta lectorial: contra el fetichismo del libro-mercancía	5
Eterno sufrimiento Andy Romo	9
Fotografía Adrieste Galgon	11
Historias de un computador Ana María Luna	13
Tituba Antonio S.	17
Un padre, que no deja de ser un hombre Edgar A. Castillo González	23
La gloria de las estrellas Jannette Eunice Pérez Villarreal	27
Cazador FATE	29
La espera incierta Noriega de la T.	35
Viernes de princesas Raúl Ernesto Márquez Díaz	39
Oportunidad Regina Flores	45
7 cosas que debería de hacer el gobierno en vez de subsidiar la producción de libros Alfonso Gadea	47

Lecturas guiadas: los premios a la literatura y los prejuicios en la lectura Melissa Martínez Benítez	51
Cuatro tipos de editoriales independientes actuales Ricardo García	53
Adendum Ana María Luna	63

Carta lectorial: contra el fetichismo del libro-mercancía

“Cada uno produce por su cuenta sin tener en cuenta las necesidades de la sociedad, las que no conoce ni puede conocer. Sólo se guía, en tal caso, por sus intereses personales. Ningún productor sabe qué cantidad de las mercancías que produce serán lanzadas al mercado, a qué precio será vendida su mercancía, si los costos de producción serán recuperados: no está seguro siquiera de que su mercancía sea vendida.”¹

La cita anterior, tomada de un párrafo del *Diccionario filosófico abreviado*, bajo el término “Fetichismo de la mercancía”, describe perfectamente las expectativas de cualquier editor independiente contemporáneo y, en verdad, de cualquier productor actual en tanto que pertenecen al sistema de producción capitalista. Pero pareciera que algunos editores independientes se regodean en el hecho, tratando de hacer pasar sus elecciones estéticas personales como algo trascendental, semejante al alma inmortal de una época o al descubrimiento del fuego.

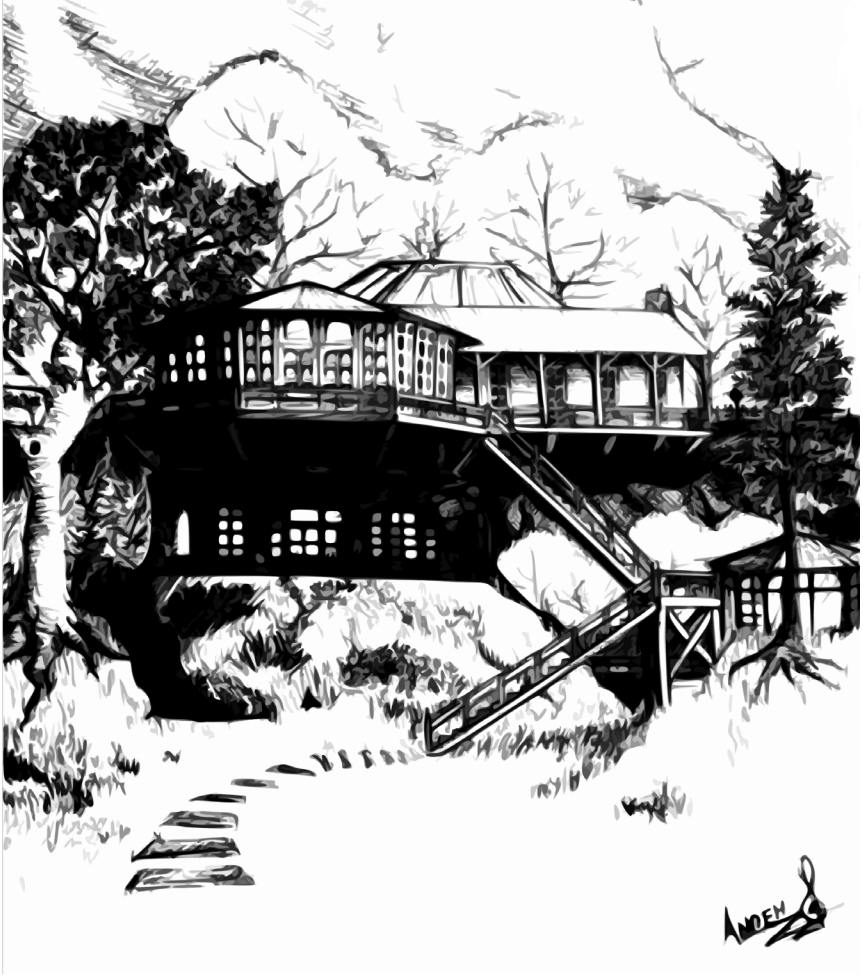
Tomemos como ejemplo un artículo de la *Revista Independiente de Cultura Urbana Sada y el Bombón*², el cual compara dos ediciones de un mismo libro: la correspondencia entre Juan Villoro y Martín Caparrós sobre el fútbol, publicada en fechas diferentes por Seix Barral y por Elán, una editorial independiente. Se trata de dos libros con esencialmente el mismo contenido, sólo difieren en que el segundo luce una presentación estetizada, con acabados de mayor calidad y un tiraje de sólo ocho ejemplares, el cual, aunque el precio de lista era de \$1,400.00 MXN por ejemplar, en realidad sólo fue distribuido entre “los amigos del editor”. El precio de lista es importante, pues sin él pierde la calidad de mercancía y su exclusividad, es decir, no podría volverse un objeto de colección “invaluable”, ¡pero que de seguro vale más de \$1,400.00 MXN!

En la pasada Feria del Libro del TEC, fui abordado por un autor que me preguntó “¿cómo le hacemos para vivir de esto [de vender libros]?”, y comenzó a analizar el problema utilizando los principios económicos clásicos de la oferta y la demanda, por lo que tuve que detenerlo a la

mitad de su discurso. “Qué triste”, le dije, “no intentemos analizar el mercado de libros de esa forma porque llegaremos, inevitablemente, a la conclusión de que nadie compra nuestros libros porque simplemente no hay demanda, es decir, no son necesarios”. Ah, pero cuando hay libros gratis o casi gratis, ya sea en el día del libro o en la venta de liquidación de una librería en quiebra, no hay abasto suficiente para la “demanda”.

Atte. Farol

1. *Diccionario filosófico abreviado* (1959, pp. 184-186). Referencia: <http://www.filosofia.org/enc/ros/fetm.htm>
2. Referencia: <http://sadabombon.com/editoriales-independientes/>



Eterno sufrimiento

Andy Romo

1

En las lagunas de la soledad de verano
iba de vacaciones a mi cabaña en la montaña.

Aquí todo era paz. Me acompañaba el amor de mi vida
y me decía “te amo tanto”.

2

Sentí miedo a la muerte.
Yo vendí mi alma a mi amor, y fue un amor que no perdona.

No temía morir y volver al polvo,
dejar mi alma dormida,
apagada en algún rincón del universo que sólo Dios sabe.

Fotografía

Adrieste Galgon

El aroma del incienso mezclado con el de la madera y el calor de las veladoras encendidas avivan el bochornoso viento veraniego sobre tu piel. El satín negro resplandece alrededor y te postras de rodillas sobre el mullido cojín del reclinatorio –con los hoyuelos marcados de tanto uso– mientras finges lanzar una plegaria por una salvación en la que no crees y por el descanso de un alma que anhelas no dejar ir.

Frente a ti, en alto, enmarcado en dorado plástico y con el resplandor vaporoso que emitía el reflejo de la luz al golpear las blancas flores esparcidas por la estancia: un cuadro de colores atenuados donde el blanco y el negro se imponen majestuosos en la habitación. Escuchas a su madre desgarrarse las cuerdas vocales, exigiendo una explicación, causas y soluciones a un irresoluble. Y su padre cruje los dientes, truena sus nudillos a la par de los tuyos, cuando aprietan impotentes las rodillas entre sus manos. En el fondo sabes, con certeza, que el brillo de sus ojos no es más que una ilusión óptica producto de las danzarinas llamas que adornan el velatorio.

Una mano reposa en tu hombro, intenta ser conciliadora mas sólo incrementa la carga sobre tu cuerpo. Te rehúsas a volver el rostro, abstraído en las facciones que más has amado, rasgos que quisieras guardar intactos e imborrables en el laberinto que es la memoria. El tacto se profundiza. Sabes que debes moverte, pero tus rodillas no responden; necias, deciden quedarse flexionadas. Te obligas entonces a levantarte. Otro ocupa tu lugar.

Abatido y exhausto te tambaleas hacia su último lecho. Titubeas, pero sabes que una fotografía no es suficiente. Tienes miedo, te aterra lo que vas a encontrar. Con las manos convulsionadas en emociones, te apoyas del borde e inclinas tu rostro. Sabes que va a ser duro, pero no puedes evitarlo. Tu cuerpo se estremece, tus miembros se tornan helados y las yemas de tus dedos toman el color de sus labios.

No hay más rosa en la fuente de donde solías robar vida en forma de besos, no más rojo encendido en los tersos pómulos de blancor inmaculado, ni más profundos pozos de miel donde sumergirse para

alcanzar el paraíso. Sus párpados están sellados. Sus labios mudos, sumidos en un rictus de serenidad, se tornan blanquecinos, casi amarrotados. El rojo fue opacado por un violáceo color de muerte. Te repites incesante que no es más quien amabas. No puede serlo. Pero sus labios son los mismos que amabas ver sonreír.

Quisieras robarle un beso, pero los ojos alrededor, cual dagas fijas en ti listas para clavarse a la menor oportunidad, te censuran. Das media vuelta, convenciéndote que tu amor no está allí. Te detienes junto a la puerta, a sabiendas de que cuando salgas habrá terminado, que la realidad te abofeteará sin piedad alguna, y lo habrás perdido todo. Quizá es por ello que antes de abandonar el sitio, mientras con las manos aún temblorosas te aferras a la manija de la puerta, miras por última vez la sonrisa plasmada en el papel. Piensas, como consuelo, que el cristal no es una barrera, sino una protección. Que tu amor no está en el lecho ni atrapado en el retrato.

Abandonas la habitación, dejando atrás el aroma a incienso y madera, la precaria luz de los cirios y el brumoso reflejo de las flores blancas. Su imagen ya se desliza errante por los callejones de tu memoria. Otro día ya no sabrás dónde buscarla y poder encontrarla. Entiendes, desconsolado, que así como tú cambiarás con el tiempo, su imagen se desvanecerá. Y dices adiós, con la certeza que dentro sólo hay un cascarón vacío de lo que alguna vez fue el destino de tu vida, con la convicción de que aquella fotografía, aunque dure eternamente, no sirve para nada.

Historias de un computador

Ana María Luna

Entré al edificio acompañado de dos colegas. Eran las 9:00 a.m.

Las máscaras de gas que llevaban puestas no me dejaban reconocerlos, pero la insignia en el uniforme, a la altura del corazón, me daba la oportunidad de identificarlos: SZE-018 y SZE-117. Las impresiones de los nombres habían quedado ilegibles cuando pedimos los uniformes, pero ya nos habíamos acostumbrado a llamarnos por las matrículas, que sí se podían leer de forma clara.

En la recepción no había ni una persona, pero tampoco había indicio de alboroto: las luces estaban encendidas, el aire acondicionado estaba funcionando, el teléfono sonó y, tras unos segundos sin respuesta, redirigió la llamada de forma automática al buzón de voz. Tomé uno de los bolígrafos y anoté mi nombre en la lista de visitantes, para no alterar la rutina.

Cien colonias alrededor tampoco estaban destruidas, pero desde hacía un día permanecían inhabitadas.

Subí las escaleras hacia las oficinas del primer piso. Mis compañeros me siguieron detrás. Las paredes conservaban intactos los anuncios, circulares y frases motivacionales para los empleados y los tres los leímos conforme avanzábamos. *La vida es demasiado corta para tener el trabajo equivocado. Ama lo que haces y nunca más trabajarás.*

A mano izquierda, la primera oficina dejaba entrever dos escritorios opuestos, con dos portalápices cada uno y seis computadoras distribuidas de tres en tres. Las sillas estaban vacías. Las otras dos oficinas del piso seguían ese mismo patrón y cada quien entró a una.

Yo me senté en una de las sillas de la primera oficina y miré el computador. Presioné algunas teclas para deshacerme del salvapantallas y le di la bienvenida a una imagen de dos lunas enfrentadas tras una decena de íconos. La pantalla también me daba la hora y la fecha: *lun 31 de ago, 09:14*. Mientras husmeaba un poco en los archivos de la computadora hice varias llamadas a otros colegas que habían salido esta mañana, como yo, a inspeccionar la zona.

Encontré una carpeta en la que el dueño de esta máquina gustaba

de poner sus archivos personales: música, libros, fotografías, todo un arsenal de nostalgia me miraba, ordenado de fechas más lejanas a fechas más recientes. El chico (o la chica) había guardado capturas de pantalla de las cosas más diversas: publicaciones sociales, noticias y hasta de sus conversaciones privadas.

Te veré esta noche, Nicolás.

Yo salgo del trabajo como a las 6:30. Puedes llegar a mi casa a eso de las 8.

Prepararé comida china.

Un beso.

Hacia el fondo de la lista ya no había libros, ni música, ni capturas de pantalla, sólo había documentos de texto y archivos. Todos correspondían al día de ayer, cuando, se supone, ya había ocurrido la desaparición.

Mientras seguía haciendo llamadas a otros compañeros y supervisores, abrí uno a uno los documentos de esa lista. Pero aun cuando mis llamadas terminaron y mis compañeros esperaban por mí, no pude dejar de leer. O esta persona escribía cuentos fantásticos alucinantes o aquí había ciencia que yo no conocía.

Historia del Método Ni20-36

La primera vez que se usó el Método Ni43 para la biorremediación de las tierras infértiles de Ni —meridianos 20 a 36— fue en el ciclo 43 de la era 25. Sin embargo, desde mucho antes de su primera implementación ya se usaban otros métodos para el mismo fin.

En el ciclo 7325 de la era 24, Jame y Ame identificaron por primera vez la carencia de nutrientes necesarios para la optimización de ese suelo, llegando a la conclusión de que dicha carencia no lo había caracterizado desde siempre, sino que había sido producto de la contaminación a que había sido dispuesto el lugar a lo largo de las primeras veinte eras de Ni. Para remediar la carencia, propusieron una técnica de biorremediación —llamada entonces simplemente remediación— en la que se abonaba el suelo con composta.

Durante largos ciclos se siguió este método, estando su implementación a cargo de varias empresas muy famosas en su época, hasta que se descubrió que el compostaje había estado siendo producido con especies de Ni, llevadas a deceso únicamente para el caso. Las especies utilizadas hubieron sido reconocidas como minorías.

Más adelante, Jame 4 y Ame 4, en colaboración con la Compañía de Ingeniería Espacial de Nimeia, lograron evitar discrepancias éticas al proponer el uso de materia prima alienígena, aprovechando los recientes viajes de la Compañía en la que se recuperaban cuerpos extranianos. Su propuesta fue reconocida mundialmente por haber constituido un paso importante en la defensa de las minorías de Ni y, al mismo tiempo, por haber cimentado un parteaguas en la utilización de ingeniería espacial para fines agrarios. A este método se le llamó Método de remediación

Jame4-Ame4 para los meridianos 20-36.

Finalmente, Jame 9 adaptó el método de Jame 4 y Ame 4, renombrándolo de forma más sencilla como “Método Ni20-36”, después de comprobar que la materia prima más eficiente era la proveniente del tercer planeta de S: y es que su riqueza carbónica se adapta de forma óptima las tierras de Ni. A partir de este momento se le empezó a llamar biorremediación.

A continuación, se defiende el uso del Método Ni20-36 para biorremediar las tierras de los meridianos 20-36.

El documento estaba inconcluso y yo no logré identificar a qué rayos hacía referencia.

Llegaron mis compañeros a la oficina.

—¿Catorce?

Abrí otro archivo, sin responder.

Brincó en la pantalla, a la par de una fotografía de unas tierras verdes, pantanosas, un recordatorio de evento.

Los tres lo leímos, asomados a la pantalla.

31 de agosto, 9:30

• Fecha límite para entregar capítulo 2 “Historia del método”.

• Fecha límite para entregar la muestra para la prueba 3 del experimento.

• Fecha límite para saneamiento de territorio visitado.

Miré el reloj:

9:29.

Tituba

Antonio S.

(UNO)

Tenía el celular en mano y, sobre él, corriendo estaba la aplicación por excelencia: WhatsApp. Lo miraba constantemente, pese a que la neblina era hartamente densa, a que las curvas eran por demás pronunciadas y a que cada vez podía ver menos las líneas de los carriles en la carretera. Gotas de sudor descendían aprisa de su frente y las manos le temblaban, pero seguía aferrado al celular, mirándolo constantemente, hasta que al fin aparecieron las tan famosas dos palomas verdes; la hora: 3:00 a.m. Sólo entonces cayó en la cuenta que había estado manejando por más de 5 horas y que lejos, muy lejos, debía estar ya de Abigail W.

Se sosegó. Decidió parar —¿o acaso alguien más decidió por él?—. Tenía puestas las intermitentes, los faros refractaban la neblina, dando un poco de visibilidad. Se encontraba sólo a unos metros de la carretera. Súbitamente, un estruendo resonó por la parte septentrional de la montaña y, al punto, las luces se apagaron. Entró en pánico. Ahora la única luz que le iluminaba era la de su celular, cuya pila estaba a punto de terminarse. Texteó nuevamente al mismo contacto, pero ahora las dos palomas verdes le habían abandonado. Esperó y esperó para ver si aparecían; había perdido la señal.

Bajó del auto, dejando las llaves puestas. Dentro estaban algunos artículos personales: cartera, encendedor, una caja de cigarros, una pluma roja, una memoria USB. Había además un talismán que solía llevar siempre consigo, debido a que era el único recuerdo que de su padre le quedaba; del tamaño de una moneda, cuyas imágenes, letras e inscripciones eran absolutamente herméticas para él. Debió haber caminado no más de dos metros cuando las palomas por fin aparecieron. Recibió respuesta:

“Aún respira!!!!”

La misma persona, al paso de unos segundos, escribió:

“Repite una y otra vez el nombre de Samuel Parris”

Quedó estupefacto. Dejó caer el celular al suelo. La neblina era tan densa que apenas podía verse los pies. Pese a tales circunstancias, no le costó mucho trabajo encontrarlo, dado que la luz emitida por el aparato

fue de gran ayuda.

En vano trató de volver sus pasos y regresar a su auto. Caminó y caminó por largo tiempo, comenzó a pensar en lo imprudente que había sido el alejarse del auto bajo tales circunstancias: sin mucha batería, sin GPS, bajo la inmensidad de la noche llena de neblina, iluminada vaga y débilmente por unas estrellas que apenas figuraban luciérnagas, cuyo resplandor no es ya aquel brillante y verde fluorescente que suele tomarse como referencia, no, su resplandor era más bien como el proveniente de un celular que ya se encuentra *running out off battery*.

Tan pronto como las “luciérnagas” se extinguieron, fue preso de una intensa ansiedad. No importaba qué tanto caminase o corriese, simplemente no llegaba a ningún lado, no se topaba con nada. Miró hacia arriba y nada más que el denso y abrumador color gris, luego miró hacia abajo y a duras penas veía sus rodillas, ni siquiera el suelo que pisaba le era posible ver. Pareciera que estuviese encerrado en un inmenso cubo de neblina, un cubo cuyos bordes o paredes nunca pudiese tocar, un cubo cuyas dimensiones fueran infinitas. O quizá su percepción le fallaba. Quizá el espacio que le rodeaba era en realidad un espacio muy reducido y él se encontraba dentro de una esfera. Siendo así, no importaba que tanto caminara o corriese, no avanzaría a ningún lugar. Llegó a la conclusión de que dicha esfera debía estar suspendida en el aire bajo alguna clase de mecanismo que la neblina le impedía ver, moviéndose sobre su propio cuerpo. ¿Cómo había llegado allí? ¿Quién o qué lo había conducido hasta aquel punto y por qué motivo? Se devanaba los sesos pensando en toda clase de cosas fantásticas y absurdas, cuando de pronto paró y cerró los ojos. Pensó que la justicia divina lo había alcanzado.

(DOS)

Siguió caminando con los ojos cerrados, para ese entonces ya se había hecho a la idea de estar dentro de una esfera suspendida en el aire. Conforme avanzaba, o, mejor dicho, mientras caminaba dentro de la esfera, escuchó una especie de cantos formados por sonidos desconocidos y remotos. Abrió los ojos. Los cantos comunicaban congoja y desesperación, se elevaban por los aires, formando espirales ascendentes, cuyo sonido retumbaba a lo largo y ancho del orbe. ¿Por cuánto tiempo retumbó? Era difícil saberlo. Incluso para Samuel que presencia todo el acto sería imposible hablar de segundos, minutos u horas, había perdido ya la completa noción del tiempo. Su celular seguía marcando las 3:00 a.m. Paulatinamente, los ensordecedores cantos se convirtieron en menos que simples alaridos, que poco a poco iban perdiendo fuerza, volviendo así a las atormentadas gargantas que los profirieron. Samuel sintió cómo su cuerpo era arrastrado por los cantos que ahora se extinguían. Como la serpiente es arrastrada por la flauta del encantador, así su cuerpo, no obediendo ya su voluntad, se

limitaba a seguir los alaridos, hasta que, a lo lejos, una especie de luz fatua refractó la neblina, haciendo que ésta se dividiera en cientos de líneas, desgarrándola, dejando entrever una mansión que sin duda era muy antigua. Al punto, subió siete peldaños antes de dar con una puerta de caoba. No fue necesario abrirla: la puerta había sido empujada desde adentro.

(TRES)

Atravesó un largo corredor lleno de pinturas, convencido de que ya las había visto en algún punto de su vida, pero no en óleos, como ahora las contemplaba, sino en carne propia. Recordaba haberlo vivido. Era como si ya antes él hubiese visto con sus propios ojos tales escenas, también olido. Recordó también la sensación de su piel al contacto con el terso algodón, recordó, no menos nítido, a los esclavos negros, recordó el látigo, recordó las bajezas y las humillaciones a su humanidad. Ahora estaba allí, en medio de una ejecución: un negro había querido sublevarse. Ardua tarea es la del amo quien debe disciplinar con base en mano férrea a los desobedientes esclavos y educar con el ejemplo. El negro había sido arrojado desnudo a un redondel, en donde una jauría, acostumbrada a comer carne humana, le despedazó aún vivo. Los alaridos se confundían con los gruñidos de los perros que se batían constantemente los unos contra los otros, con tal de desgarrar y tragar la mayor cantidad posible del esclavo. La sangre bañó todo el lugar, vísceras y demás materia se esparcía por todo el redondel. Después, de todo el hombre no quedó más que un costal de vísceras, flema y excrementos. La belleza se encuentra afuera en la piel, no en lo en lo que hay adentro.

(CUATRO)

Al fondo del corredor observó una especie de mesa de recepción. En ella había un reloj de arena, cuyo tamaño era apenas el de un iPhone. El reloj estaba en posición vertical, pero, al mirarlo más de cerca —pues no había mucha luz que lo iluminase—, se dio cuenta de que en lugar de arena contenía neblina en un bulbo y ceniza en el otro. Junto a él yacía una campanilla de mostrador muy herrumbrosa por el paso del tiempo. Trató en vano de hacerla sonar. Se inclinó ligeramente para poner su oído más de cerca y siguió intentando. Ésta sencillamente no emitía ningún sonido. Sin embargo, al cabo de tantos intentos, terminó imaginándose el sonido. Lo escuchó en su cabeza fuerte y claro. Al punto, detrás de él sintió un gélido aire que le soplaba la nuca. Se volvió hacia atrás, y nada. Volvió la mirada y allí estaba ella, imponente mujer cuyos ojos celestiales penetraban hasta los huesos de Samuel: piel de un ébano sin igual, su cabello hermoso y prodigiosamente hilvanado con listones de color carmesí, adornado por toda clase de cachivaches a la vieja usanza de algunas tribus africanas.

—Jhon te ha estado whatsapeando largo tiempo, ¿sabes? —dijo mientras jugaba con el reloj de arena.

—Pero pensé que no había señal —Luego vio su celular y tenía más de 10 mensajes sin abrir.

¡Samuel, no puedo salir de este cuarto! Las paredes cada vez se van alejando de mí. A su paso no dejan más que un manto grisáceo, uno muy denso. ¡Ella aún se mueve pese a la golpiza que le propinaste! No está muerta, aún respira y de su boca sale una espuma blancuzca. Repite una y otra vez tu nombre, invoca demonios en el umbral de su muerte. Rápidamente el cuarto en el que estoy empieza a llenarse de cenizas. Al principio cae del techo, obedeciendo la gravedad. Luego, las paredes se agujerean, se llenan de hoyos que se abren como vórtices en la nada y, ahora, la gravedad no surte efecto. Ahora la ceniza cae —por decirlo de alguna manera— horizontalmente, formando un telar de cenizas que poco a poco terminará por ocupar todo el espacio de la habitación. Samuel, ¿dónde estás? ¿Llegaste? ¿La viste? ¿Cuál era el punto? ¿Cuál era el motivo? ¿Por qué estoy yo aquí y no tú? ¡Samuel, contesta! Esta ceniza entra por mi nariz y me contamina los pulmones. Trato de escapar y correr para otro lado, sin embargo la ceniza esta siempre a mi alrededor. Es como si... es como si...

—Como si estuviera en una esfera, girando sobre su propio eje. —Al fin, Samuel completó mirándola.

(CINCO)

—Así es —contestó ella.

—Ahora todo tiene sentido. Mi tatarabuelo, es decir, el reverendo Samuel Parris, por quien yo debo pagar su falta en el caso de Jhon H...

—Él debe de estar ahora agonizando eternamente —dijo, quieta y sin emitir emoción alguna.

—Y de Abigail W., ¿por qué ella? ¿Por qué empezar con ella? Si fuimos ambos los que te quemamos viva aquella noche de 1962.

—¡Ella empezó los juicios de Salem!

Mientras era atada al tronco más alto de todo el bosque, cortado sólo para servir de apoyo a la hoguera que diera lugar a la flama purificadora, cuyo poder expiaría todo rastro de maldad, toda huella luciferina y satánica que se le atribuía. Tituba tuvo una reminiscencia: “La luna era llena y poseía un destello bermellón como nunca se había visto desde que se tenía memoria en la tribu. Las ofrendas al pie del árbol y los cantos místicos se elevaban por los aires en aras a Takhar o Taahkarr, según el traductor”. Con su último aliento profirió ciertos versos, ahora intraducibles.

(SEIS)

— Pero entonces, el talismán... —dijo Tituba.

— El talismán es lo que te ha traído aquí —se apresuró a confirmar.

—En efecto, era la forma que tenía mi padre de liberarse del

tormento.

—O de relegárselo a su hijo.

—No hay tal hijo, reverendo Samuel Parris. Sé que ha evadido la muerte bajo conjuros y artificios para no pagar en la otra vida lo que hizo en esta. Y ese talismán es el vínculo entre éste y el otro mundo. Ahora pagará en vida, pues su poder se ha ido, he esperado 322 años pacientemente por este momento.

—Así que fuiste tú la que nos puso en ese cuarto con Abigail W., y fuiste también tú la que...

—Te equivocas. —replicó Tituba—. Harto tiempo has estado tú aquí encerrado en este reloj de arena. Recuerda que el tiempo aquí no corre igual que en tu mundo. Para ejemplo, ve tu celular; aún marca las 3:00 a.m. y lo seguirá marcando.

(SIETE)

Luego algo extraño pasó. Al alzar la mirada vio un turbio *vitreous*, contemplado así, en cierta manera *a life through the glass*, donde ahora todo está invertido y el tamaño de los objetos es alterado drásticamente. Tituba se aleja y deja desvalido al reverendo Samuel en un vertiginoso remolino de arena ardiente.

—Pero entonces, ¿quieres decir que así será para la eternidad? —gritó despavorido.

—Tu naturaleza mortal no te permite imaginar un concepto tan harto —dijo, mientras su figura se desvanecía.

—¿Quiere esto decir que penaré hasta que haya leído todos los tweets que han sido publicados y que, entre uno y otro, deberé esperar un intervalo de un siglo de tal suerte que cuando me los haya leído todos mi suplicio termine?

—¡Ni remotamente! In saecula.

—¿Penaré hasta que haya contestado todos los comentarios vertidos en YouTube, mostrándome sólo una palabra por cada diez lustros y no habré acabado siquiera de contestar uno, cuando miles de millones han sido publicados ya?

—¡Todavía más! ¡In saecula!

—¿Penaré hasta que me haya descargado toda la Internet, bajando sólo un gigabyte por siglo y que, pasado ese siglo, la cantidad del siguiente sea sólo de un megabyte y que, pasado ese siglo la cantidad se reduzca a un kilobyte y así sucesivamente hasta que me la haya descargado toda?

—¡Lejos aún estas! In saecula.

—Y si todo ese universo que conocemos fuere un sólo desierto de arena, y cada siglo se quitará un único grano de arena, ¿habría acaso acabado de penar cuando estuviere todo despejado?

—Ni siquiera. In saecula.

—Finjamos que un condenado derrame al cabo de millones de siglos

dos lágrimas solas, ¿cesará él de penar cuando su llanto sea apropiado para formar un mayor diluvio que aquel en el que antiguamente se perdió todo el género humano?

—¡Ea, pues! —rugió resueltamente antes de perderse por completo en el infinito torbellino de posibilidades que brinda la divina providencia—. Acabemos, que no somos niños. Si quieres que te lo diga: in saecula, in saecula tendrán que penar los réprobos, in saecula, que es como decir por siglos sin un número, sin un término, sin medida. *In saecula saeculorum*.

Un padre, que no deja de ser un hombre

Edgar A. Castillo González

Juliana, hija de un maldito y de una madre amorosa, tuvo una infancia llena de luz, llena de lujos. Nada le faltó, a excepción de algo vital: el amor paterno que tanto se necesita.

Era una niña con un cabello rojizo y ondulado que le llegaba a los hombros, tenía unos ojos castaños muy tiernos y tan dulces como la miel, y una piel que se asemejaba al marfil. Algunos de estos atributos los había obtenido de su madre y de su abuela. Y fue por esto que su padre fijó su mirada en esa chica: su hija.

Él llevaba tiempo con pensamientos inapropiados, ideas que sólo pertenecían a alguien tan salvaje y enfermo como el mismo demonio, sentimientos que iban más allá de un común amor de un padre hacia su pequeña.

Fue así que un día no pudo más con eso que lo consumía completamente, aquello que hacía arder todo su ser. Protegido por una densa oscuridad, entró en el cuarto de la pequeña, la sometió, ató sus brazos y piernas a las esquinas de la cama, y, muy cuidadosamente, colocó un pedazo de tela en la boca de Juliana para evitar que gritara. Todo esto lo hizo de una forma casi seductora, como si tratara de convencer a la chica de que lo hiciera por las buenas, acariciando constantemente su cabello y su mejilla de forma cariñosa y pidiéndole con un susurro al oído que no se alterara, prometiéndole que todo estaría bien. Pronto desabrochó ese vestido de tela tan suave, color perla, y, con una sonrisa maquiavélica, dio rienda suelta a sus más bajos deseos como mortal.

Cuando la noche terminó y el sol se impulsó en el horizonte, el hombre convertido en bestia desapareció de la habitación, y en la pequeña e inocente chica surgió un temor, una enorme vergüenza y un gran odio.

Pasó noches sin dormir. Durante semanas, esa imagen en su mente que no desaparecía ni un segundo la atormentaba y la hacía llorar hasta quedarse dormida. Sin embargo, la pequeña Juliana era fuerte y no comentó nada con su madre o con su nana. Sola trataba de reprimir y borrar ese espantoso recuerdo, pero pronto los resultados de aquella noche saldrían a la luz.

Un día ella se encontraba enferma, se sentía mareada, con asco y no

comía, por lo que su madre trajo de un pueblo cercano a un médico para que la revisara. El médico no tardó mucho tiempo en deducir la causa de los malestares, así que pronto le comentó a la madre de Juliana que la pequeña estaba embarazada. La madre, confundida e impactada, pero más que todo angustiada, replicaba en todo lo alto que eso no podía ser cierto. ¡Su hija tan solo era una niña de 14 años de edad!

Tan pronto como se calmó, la madre se dirigió al cuarto de su hija para preguntarle qué había pasado y exigirle una explicación. Juliana no lo soportó más. Con lágrimas que recorrían su rostro y un gran nudo en la garganta, liberó una sola respuesta con sólo dos palabras: mi padre.

Eran épocas muy difíciles. La Santa Inquisición era demasiado estricta con este tipo de situaciones, quizá fue por eso que Juliana no se había atrevido a confesarle nada de lo ocurrido a su madre hasta ese momento. Sin embargo, lo hizo, esperando que su madre pusiera fin a su sufrimiento. Pero no fue así.

Tal vez fue por la misma razón de miedo, o tal vez fue el dinero y las influencias de su marido lo que provocó que su madre la acusara a ella de cometer pecado y no al verdadero perpetrador.

Su padre mantenía un estatus social muy importante en aquellos tiempos. La familia de Juliana pertenecía a la nobleza, por lo cual ese hombre no tuvo problemas al momento de limpiar su nombre de dicho acto, y, por si fuera poco todo el daño emocional que ya le había hecho a su hija, también decidió acusarla con el clero de cometer pecado.

Hay quien dice que Dios no castiga dos veces, pero a esta pobre le tocó vivir dos infiernos seguidos.

En nombre de un misericordioso Dios, la Iglesia puso fin al sufrimiento de esta chica. Decidieron juzgarla ellos mismos, y, como era muy común en aquellas épocas, en las que el Santo Oficio tenía demasiada imaginación al momento de querer liberar a la gente de sus pecados, eligieron un método que, podría decirse, era de sus favoritos.

Llevaron a Juliana hasta el centro de la plaza pública, donde todo el pueblo pudiera apreciar cómo se cumplía la palabra del Señor. Cuando Juliana llegó, casi siendo arrastrada por dos hombres que trabajaban para la Iglesia, se encontró con un pozo de poca profundidad y la obligaron a introducirse en él, de pie. Una vez dentro llenaron el pozo, dejando a Juliana atrapada de la mitad del cuerpo. La tierra apenas le llegaba al vientre, que comenzaba a notarse como crecía cada vez más y más.

En ese momento comprendió que más allá de juzgarla a ella como “una cualquiera”, el juicio estaba planeado para el pequeño que venía en camino, pues lo juzgaban como “bastardo”.

Sin poder hacer nada, Juliana se dedicó a rogar misericordia y a pedir perdón, sin ser escuchada. Había un montón de piedras reunidas en pequeñas montañas, una para cada persona, desde niños hasta ancianos, incluidos sus amigos y familiares, y por supuesto, su padre

y su madre.

Después de una pequeña oración, seguida por unas palabras que el sacerdote le dedicó a Juliana antes de dar inicio, todos tomaron una piedra a la vez y apuntaron muy bien, no a la cabeza de Juliana, sino al centro del vientre que sobresalía de entre la tierra.

Una lluvia de piedras cayó sobre Juliana y sobre aquel pequeño ser que venía en camino. Para cuando terminó el día, un sacerdote presumía haber liberado a una chica de sus pecados, mientras un maldito conversaba con una mujer arrepentida, sobre el rumor que corría por el pueblo mal informado.

La gente decía: “Hoy murió una pecadora, fue enviada al infierno por obrar mal”. Sin embargo, ese día no sólo murió una pobre chica, cuyo único pecado había sido ser realmente hermosa y tierna, pues bajo aquella lluvia de piedras, también lloró un angelito que vivía en su vientre. Una pequeña criatura que conoció la muerte, antes de conocer a la vida misma.

La gloria de las estrellas

Jannette Eunice Pérez Villarreal

La luna, la diosa del cielo, ilumina nuestros rostros con su presencia. Su vida es como el amor de una persona que va cada día en aumento, enamorándose hasta alcanzar su máximo esplendor y entonces se entrega por completo. Nos sonríe desde arriba y sus dientes de diamante hacen brillar la vida. No le teme a la oscuridad, pues refleja luz infinita.

Déjame quedarme.

La luna siempre ha estado presente, pero no ha sido ella quien aclara nuestras grises y frías noches. Existen otras lucécitas pequeñitas que bailan en las nubes: las estrellas. Cuando miro el cielo observo estos luceros, que son ventanas a la gloria celestial, la sublime gloria donde ahora habita una hermosa mujer: la madre, la amiga, la esposa, la abuela.

Desde que ella partió, la vida se tiñó color tristeza y la nostalgia hizo su aparición. Nosotros, los que quedamos, la vemos a través de las estrellas, pero es tanta la magnificencia que no cabe por ese agujerito y entonces se proyecta en nuestro camino para conducirnos a un destino mejor.

Afuera, en la calle, vemos el cielo. Yo sólo puedo recordarla, pero él, el padre, el amigo, el esposo, el abuelo vuelve a vivirla y, en su agonía, espera un suspiro para ser parte de la gloria de las estrellas. Yo le pido que me deje estar a su lado mientras viva, que me deje tomarle de la mano, leerle alguna historia, observar el cielo juntos y en silencio, si así lo prefiere. Los años pasan, la muerte acecha, se esconde, nos da esperanzas y, de repente, llega. Le digo que las flores en el panteón, ¿para qué sirven? Y el epitafio, ¿para qué lo quiero si le tengo en mi memoria? Por eso quiero estar con él mientras viva.

Está cansado de vivir, de los achaques de los años, de despedidas dolorosas, de recuerdos. Tiene el alma agotada, por eso le pido que me deje hablarle de mi juventud, de mis andanzas, las cuales son pocas comparadas con las de él. Pero él ya está cansado de vivir, ya no quiere hablar. Entonces yo le diré que me gusta bailar bajo la lluvia, escuchar música en el bus. Le hablaré sobre nuevos conocidos, a los que aún no les tengo confianza; él sabe que me cuesta hacer amigos. Le hablaré sobre

nuevas historias que he leído y las últimas noticias en la Internet.

Después, poco a poco, iremos observando las estrellas y, como siempre, terminaremos recordándola a ella, la mujer que tanto amó, con la que compartió más de cincuenta años. Y entonces dirá “Yo lo único que espero es morirme”.

Por eso quiero quedarme a su lado mientras viva, ya después le pediré que me deje llorarle. Él estará feliz más allá de las estrellas y mi ser egoísta le llorará porque le necesita. Las lágrimas serán por mí, por su abandono, porque los rayos del sol en su ventana ya no tendrán sentido, mis “te quiero” ya no los escuchará, pues eso de que pueden oírnos es bastante dudoso, bastante triste para alguien que disfruta de algo más.

Por eso le pido que me deje quedarme a su lado mientras viva, ya después veré yo qué hago con mi vida: quedarme en silencio, sin palabras, si así lo prefiere.

Cazador

FATE

Llegué como a eso de la media noche para investigar la actividad paranormal en el cementerio del pueblo. En cuanto crucé la alta reja de hierro, una neblina espesa vino a recibirme. Me interné en ella sin prestarle mucha atención. Debí haberlo pensado dos veces. Al poco tiempo había caído inconsciente por la falta de oxígeno. No había podido conciliar el sueño la noche anterior ni la pasada, así que la pequeña siesta fue bien recibida por mi inconsciente. Al despertar, me encontré en una vieja cripta de cantera.

Me incorporé lo más rápido que pude, palpé mi cabeza, buscando algún indicio de sangre. Al levantar la mano casi pude tocar el techo. Estaba solo, pensé, pero sin mayor daño. Quienes fueran que hayan estado detrás de esta treta habían cometido su primer y último error: dejarme con vida.

Pese a que el techo era bajo, la cripta era enorme y constaba de una serie de cámaras iluminadas por antorchas en las paredes. Caminé por varios minutos, a sabiendas de que al final del camino me esperaban mis captores, ansiosos de hacer escuchar sus demandas. Tal vez había sido el golpe o la activación de mi inconsciente al ser premiado con unas horas de necesario sueño, pero mientras vagaba por la cripta mi mente transitaba la serie de eventos que me habían llevado precisamente a este punto de mi vida.

Antes que nada, permítanme presentarme. Mi nombre es Soul, eso es todo. Así es, no tengo apellido, no tengo familia ni amigos ni hombres ni mujeres. Soy un viajero sin raíces. Y, sí, también soy un cazafantasmas. No me gusta el nombre para nada, me recuerda a esa estúpida película ochentera de hombres en overoles que cazaban espectros, como si fuera servicio de comida rápida. El mundo real no es una película apta para toda la familia. Yo soy un especialista en destrucción sobrenatural, un asesino de asesinados, es decir, desaparezco fantasmas y cualquier ser que no sea de este mundo. No me interesa viajar de pueblo en pueblo rastreando espíritus de leyendas, eso sería un desperdicio de mi tiempo. Nada es nuevo bajo el sol, las sombras son lo que me apasiona.

Lo que me trajo a este pintoresco pueblito, cuyo nombre no importa,

fue una serie de siniestros que tenía a la población en jaque. Una espesa neblina azulada era despedida desde el viejo cementerio del pueblo, cual si fuera vapor de locomotora, se internaba en las viviendas alledañas y, sin nadie saber por qué ni cómo detenerlo, atraía a los niños como la miel a las abejas. Esto ocurría en medio de la noche, muy a pesar de los padres, quienes, ni cerrando sus puertas con candado podían evitar que los niños, poseídos, saltaran por las ventanas o se propulsaran contra las puertas hasta abrirlas y escapar, adentrándose en las sombras para no ser vistos jamás. Al principio se perdía un niño cada mes, luego cada semana, ahora ocurría a diario. Alguien debía detenerlo.

Así que por eso estoy aquí, en esta claustrofóbica cripta que, para mi suerte, se vuelve más alta y más amplia conforme avanzo en ella, siguiendo la luz de las antorchas que mis captores convenientemente colocaron para guiarme. No puedo evitar notar el olor que aumenta con cada paso que doy. Huele a humedad, moho, hierro y sal. El olor a hierro comienza a prevalecer entre los otros. Estaba dentro de una carnicería.

¿Cuántos son? ¿Diez? ¿Veinte? No, más de cuarenta. Una cámara profundísima, del triple de alto que las anteriores, con estacas de casi dos metros de altura, clavadas firmemente en el suelo. Sobre ellas yacen los cuerpos inertes de los desaparecidos. La estaca les penetra el ano para salir directamente por la boca de los infantes. En medio de esta escena: un hombre sentado en una silla sin ninguna preocupación en el mundo, con una mesita al lado y una larga botella de vino sobre ésta, cruzado de piernas como en la sala de su casa, sosteniendo una larga vara con una esfera azul claro en la punta. Un solo segundo ante esta escena es suficiente para darme cuenta (mi nariz no me dejará mentir): los cuerpos infantiles presentan un avanzado grado de descomposición. Por las expresiones en sus rostros y en sus ojos trastornados cualquiera puede inferir la violencia de sus muertes. Ninguno de ellos parece mayor de quince años.

Ahora estoy riendo. Ríe con más fuerza. Normalmente tiendo a ver la vida del lado positivo: todos vamos a morir. Pero no es por eso que río. He visto cosas mil veces peores, he visto la lluvia profusa que sobreviene inmediatamente después de una batalla, como si el cielo llorara las almas de los caídos. Pero ese no es el motivo de mi risa sino la silueta de ese hombre y su patética ingenuidad.

—¿A caso eres el Conde Empalador? —pregunto con sarcasmo—. ¿Estás tratando de imitar a Drácula?

El hombre que yace sentado en esa elegante silla con alto respaldo se levanta, termina de beber su copa de vino y sujeta con fuerza la vara que tiene al lado.

—¡Maravilloso! ¡Justo como te habían pintado las leyendas! — exclama, separando los brazos en señal de impresión. —¡Soy un gran admirador tuyo, Soul! ¿Qué me dices de todo esto? La fuerza vital de

los niños es impresionante, ¿puedes sentirla? Toda esa impotencia y confusión. Aun ahora, el alma de estos niños está aquí con nosotros, nos observan.

Cual reflejo involuntario, disparo mi pistola semiautomática y le abro un agujero en mitad de la frente. La bala de plata atraviesa su cráneo y sale por el otro lado. El hombre cae sobre su elegante asiento, aún con una sonrisa torcida dibujada en su rostro. Vuelve a erguirse de inmediato.

—Qué malo eres, Soul. Todavía no terminaba de hablar. —El agujero de su frente comienza a cerrarse—, pero supongo que ésa es tu forma de aceptar los cumplidos. Tienes el porte de un asesino: esa mirada fría y afilada, carente de emociones, ni siquiera cuando disparas pestañas. Eres tan poco emocional, como yo. A fin de cuentas, no somos tan diferentes.

—Las emociones son una pérdida de tiempo, al igual que seguir hablando contigo. Si alguna vez se interponen en mi camino, sólo debo eliminarlos y problema resuelto. Y en cuanto a tu intento de hacer amigos, existe una diferencia esencial entre los dos: tú ya estás muerto.

Despido una ráfaga de balas. Lleno el cuerpo de mi adversario de gruesos agujeros que, al instante, se llenan de una sangre espesa, casi negra. Él continúa sonriendo de esa manera torcida, con los ojos muy abiertos y mirando al cielo, burlándose. El cuerpo de mi enemigo vuelve a sanar, la sangre derramada continúa donde mismo, formando un charco bajo los pies de este hombre.

—Es inútil, Soul. No puedes matarme. He devorado el alma de muchos niños. Necesitas mucho más que unas simples balas para acabar con mi vida.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto con indiferencia.

—Al igual que tú, me deshice de él en cuanto gané un poder que sobrepasaba al hombre común. —Da un pasó al frente y hace una reverencia. ¿Quién se cree, un caballero inglés del siglo XVIII?—. Llámame Nero. ¿A qué se debe el súbito interés?

—Quiero saber el nombre del enésimo idiota que enfrento, creyéndose inmortal. Mis viajes son muy aburridos y paso el tiempo narrando la forma de morir de mis enemigos; los más patéticos suelen ser los que arrebatan más risas de la audiencia.

—Hablas con mucha confianza —dice, poniendo un tono mas serio—, pero no pareces el tipo de persona que viaja con compañía.

—Es verdad, me atrapaste. Cuánta agilidad mental. Déjame adivinar, ¿eres nuevo en el manejo de la Necromancia? —Su semblante permanece tranquilo, pero sus ojos evitan mi mirada. Parece que acerté.

—¿Y qué si lo soy?

—Por eso digo que no eres otra cosa sino un simple idiota. ¿En verdad creíste que por comerte las almas de estos niños serías inmortal?

¡La inmortalidad no existe!

Nero comienza a reír tranquilamente, como si hubiera hecho un mal chiste. Mi arma ya está recargada, ahora con balas de acero. Es una pistola pesada, semiautomática, modificada por mí mismo, con un largo cañón y capacidad para dos cartuchos simultáneos.

—Pobre de ti, Soul. ¿Es que ver al rey de los caídos ha nublado tus sentidos? Si continúo devorando las almas de más y más niños, nadie será capaz de matarme. Seré verdaderamente inmortal e invencible, pues contaré con un ejército de muertos vivientes, o mejor dicho, fantasmas vivientes. Controlar las almas de estos niños es algo muy fácil para mí, lo oculto usando la neblina y les ordeno que me traigan a más niños vivos y que maten a quien se interponga. No hay nada más placentero que ver un cuerpo humano retorciéndose, luchando por su vida. Al principio luchan con todas sus fuerzas, como cualquier ser viviente amenazado. Eso es disfrutable, pero el verdadero deleite estético se encuentra después de horas, cuando el cuerpo todavía resiste pero la mente ha colapsado. Muchos de ellos imploran la muerte, sus cuerpos se relajan, aceptando su destino; inclusive algunos presionan con mayor fuerza su propio cuerpo para que la muerte sea más rápida. ¡En una palabra: maravilloso!

Este tipo frente a mí no es muy diferente al resto. Su mente está podrida. Eso pasa seguido con aquellos que juegan de forma imprudente con la muerte. No lo odio, tampoco me indigna, ni siquiera estoy enojado. Acabar con la vida de un paciente terminal se llama misericordia, y parte de mi trabajo es liberarlos de su sufrimiento.

—¿Qué te pasa, Soul? Estás muy callado. ¿Comienzas a sentir pena por estos niños?

—¿Pena? Pena significa tristeza y hasta ternura. Soy un cazador. Lo que les haya pasado a estos niños está fuera de mi alcance e interés. Mi objetivo es uno: destruir todo lo sobrenatural que amenaza la vida humana.

—Qué aburrido eres —dice Nero, quien vuelve a sentarse en su trono de la muerte—, igual no puedes matarme. Terminare rápido contigo. Tengo mucha hambre y aún hay niños que esperan convertirse en mi alimento.

Nero agita su vara y del piso, de las paredes y del techo, emerge un gran grupo de fantasmas de niños. Todos ellos poseen un aura poderosa, la marca de quien ha muerto violentamente, incapaz de hacer algo en su defensa. Enfrentarme a tantos de ellos, en un territorio desconocido y repleto de estacas afiladas, es una mala idea. Aunque Nero aparenta confianza, estoy seguro de que controlar a tantas almas por sí mismo está consumiendo toda su energía y concentración. El muy idiota está a punto de caer. Levanto mi arma y disparo. Pero no le atino a Nero en ninguna parte de su cuerpo, mi objetivo es otro.

—Fallaste. Tienes tanto miedo que ya no puedes apuntar bien. En fin, eso no importa.

Comienzo a reír nuevamente. ¿Comer almas? ¿Tener su propio ejército de fantasmas que maten por él? Nero pudo haber sido un buen contrincante si no hubiese sido tan ingenuo. Dejó su debilidad claramente expuesta y lo peor es que no se había dado cuenta.

—¿Qué es tan gracioso? ¿Finalmente enloqueciste? —pregunta, aún sin entender lo que está pasando—. Eso no importa. Fantasmas, mátenlo.

Pero los espíritus de los niños están inmóviles. Nero comienza a impacientarse.

—¿Qué no me oyeron? Acabo de darles una orden. ¡Mátenlo! — Se levanta de su trono y me señala con su larga vara. Finalmente lo entiende. La esfera azul al final del bastón tiene una gruesa grieta que envuelve todo el objeto. Unas delgadas capas de humo salen despedidas de su interior a gran presión.

—Buena puntería...

—Gracias por todo, Nero. Me haz dado un buen material para mi próxima historia. Robarás muchas risas, que ya no almas. Tu primer y último error fue capturarme con vida en vez de matarme. Bastaba con ocultarte y mandarme a tu ejercito de muertos, pero en lugar de eso te presentaste frente a mi con tu punto débil a plena vista. Creo que sabes lo que ocurrirá ahora que he roto el objeto que usabas para controlar a los fantasmas.

Finalmente la esfera azul se rompe en pedazos. Los fantasmas parecen desorientados, mirando de un lugar a otro, pero rápidamente caen en la cuenta de lo ocurrido. Todos los niños, cuyas almas había capturado Nero, ahora están libres, observándolo. Siguen envueltos de una poderosa aura y, al unísono, se van contra su victimario. El camino de la impotencia a la venganza es muy corto.

Yo permanezco quieto, tranquilo, como quien observa el agua correr. Nero grita y suplica, pero no hay fuerza en este mundo que pueda detener esta venganza. Lo golpean, lo cortan, lo insultan. Si alguna vez todos esos restos frente a mí componían a un hombre, ahora ha quedado totalmente irreconocible. Una vez que el general encuentra la muerte a manos de sus propios soldados, me vuelvo y emprendo la retirada.

De repente, una intensa luz blanca y amarilla ilumina mis espaldas. No es necesario darme la vuelta para saber lo que ocurre. Los fantasmas ahora pueden descansar en paz.

¿A dónde van las almas de los muertos? No lo sé y no me interesa. ¿Existe otro mundo además de este? ¿Cómo sabemos que hay algo en lugar de nada? Ése es el trabajo del filósofo, no del cazador.

No es necesario que lo diga, pero éste no es un final feliz, es sólo la conclusión de uno de mis muchos trabajos. No hay forma conocida

de revivir a los muertos. Es verdad lo que me dijeron las madres de ese pueblo, cuyo nombre no mencionaré por carecer de importancia: es injusto que unos simples niños murieran de esa forma. Pero eso no me interesa. Ya lo había dicho antes, no soy un juez ni un sacerdote. Sólo busco y destruyo seres sobrenaturales. Es lo único. Las vidas salvadas o las pérdidas, son sólo daño colateral. Las emociones son innecesarias en este trabajo, si se interponen en mi camino, sólo debo eliminarlas. Ahora me marcho de este pueblo en busca de mi siguiente trabajo.

La espera incierta

Noriega de la T.

Los rostros de Israel, Gera y Carlos dejaron de sonreír cuando un vigilante con aspecto de enojo, en cierto estadio de fútbol, les informó que la venta de boletos se había agotado. Israel, desesperado, afirmaba que era mentira, que aún había boletos. No le importaban las inclemencias del tiempo ni el cansancio físico que se postergaría hasta las nueve de la mañana del día siguiente. Ya hablaba con otro vigilante, ya le silbaba al que estaba al lado, con tal de despertar en ellos el más mínimo gesto de atención, para convencerlos de permitirles el paso a las afueras de las taquillas.

La importancia de llegar a la ansiada fila y el reto de ser de los primeros en conseguir esa entrada a la gran final, se manifestaba en el frenesí de Israel. Cabizbajo y golpeando levemente con su cabeza la reja que le impedía la entrada, oyó una voz suave, tan sutil como la brisa que soplaba a medianoche: “¿qué te pasa, amigo? ¡Ánimo, después de las cuatro de la madrugada se abrirán las puertas, además, al parecer sí hay boletos!”

Con una mirada de asombro se le desvanecieron las líneas que hacían dobleces en su frente e inmediatamente le contestó: “Karla, ayúdame. Yo estudio en la universidad, estoy en octavo semestre, soy un fanático de los Tigres, siempre vengo a los partidos. Sólo tú puedes ayudarme”, mientras le acariciaba la mano izquierda. La mujer uniformada, emitiendo una sonrisa sarcástica, se dio la media vuelta, dejándolo en el sitio donde lo encontró.

Después de tres horas, el grupo de fanáticos siguió creciendo. Ahora, los tres amigos intercambiaban experiencias de sucesos futbolísticos, anécdotas personales y comentaban las aptitudes de los dos equipos que disputaban la final añorada, con dos personas que venían de la ciudad de Reynosa, un hombre y su hijo de tan solo 11 años, además de un par de adolescentes. Esto lo hacían entre bocanadas de humo de cigarro, risas burlescas y silencios abruptos (debido a la espontánea camaradería), todos contagiados por la misma pasión.

A las cuatro de la madrugada, los carros ya encendidos se preparaban para ingresar al interior del estacionamiento del estadio. El anhelo de

estar a cien metros de las taquillas estaba por cumplirse. De pronto, el portón se abrió y permitió el acceso a los desesperados fanáticos, quienes al llegar al tan esperado lugar, se dieron cuenta que ya existía una enorme fila de hinchas buscando el mismo fin.

Más de ciento cincuenta personas abrumaban los sueños de poder adquirir entradas al estadio. Al momento de llegar a la fila precitada, el cruce de miradas no se hizo esperar entre los ya establecidos y los recién llegados. El lugar parecía un refugio de damnificados, más que una fila para ingresar a un espectáculo, ya que las sillas desplegables, cobertores, mantas, mochilas y botellas vacías adornaban el estacionamiento del estadio en una zigzagueante línea continua.

Los fanáticos se protegían de la ligera brizna que cubría sus cuerpos, con dos toldos improvisados; había algunos que se arropaban con sus cobertores, tirándose al suelo, imitando a los más desprotegidos; unos jugaban partidos de fútbol informal, llamados cascaritas; otros jugaban con algún videojuego portátil; cierto grupo jugaba cartas; e incluso, ante el asombro de muchos, tres jóvenes desmantelaron el interior de una camioneta para sacar las asientos e improvisarlos en la ya nutrida fila; también apareció un vendedor de lonches y champurrado con el pretexto de contrarrestar el frío.

Había otros aficionados que se mantenían de pie, soportando todo y mirando las imágenes de los jugadores, tal vez rezando plegarias, pero ya no a la Virgen ni a San Judas, ahora, eran dirigidas a San Emanuel Villa o San Jesús Dueñas, haciendo peticiones para que el equipo quedara campeón y que no los defraudara, jurando que soportarían todo con tal de verlos campeones otra vez. Todo este acaloramiento se producía para mitigar los doce grados centígrados que envolvían el ambiente de aquél diez de diciembre.

Pasaron las cinco, seis, siete de la mañana y las miradas de los fanáticos expresaban esa pesadez, cansancio y frío que la vigilia les infligió. Ahora el ambiente ludópata se desvaneció, las carcajadas emitidas entre la camaradería incipiente se silenciaron, aunque uno que otro desafiaba el ambiente reproduciendo la música de su aparato telefónico. Sin embargo, la famosa fila también sufría de acoso, corrupción y de incursión por parte de fanáticos improvisados que tenían algún lazo con miembros adheridos a ella, alimentándola cada vez más a pesar de las protestas de los primeros sesenta aficionados.

Carlos se mantenía en pie, Israel, cuyo ánimo decayó, se fue a refugiarse a su auto, mientras Gera, sentado en su silla desplegable, se cubrió con su cobertor que pesaba el doble debido al agua acumulada del rocío de la madrugada.

“¡Ahí viene Televisa! ¡Ahí viene también TV Azteca!” gritó uno aficionado. “Yo creo que sí va a haber boletos. Puro rollo que se acabaron” aseveró otro, al mismo tiempo que volteaba a ver de manera

retadora a la gran manta que estaba al frente de la hueste de aficionados, donde se apreciaba en letras negras delineadas con amarillo la siguiente información: “Boletos agotados”. Mientras, uno que otro se sorprendía al revisar la hora a través de sus celulares: “Ya son las siete y media. Ya falta poco”.

Después de las nueve de la mañana comenzó la rechifla, cuando un empleado del lugar les advirtió que pasaran a retirarse a sus casas, que ya se les había advertido que ya no había boletos, acompañado de un grupo de policías que lo custodiaban. En eso, ya habiendo regresado de su auto, la furia de Israel no se hizo esperar, haciendo a un lado la manta que lo protegía de la insistente lluvia y, manifestando su enojo, comenzó a gritar: “No es justo, no se vale. No puede ser que todo el estadio tenga abono. Ustedes son los que fomentan la reventa”.

Al mismo tiempo, el paciente Gera, sin perder los estribos, trataba de apaciguarlo, diciéndole: “Ya, Israel, cálmate. Te dije que nos arriesgábamos a esto, al venir a hacer una espera incierta”.

Ahora, la acosada y prostituida fila comenzaba a adelgazarse, poco a poco. La mayoría de los fanáticos, desconcertados, se retiraban del lugar, a pesar de escuchar a los más aguerridos gritar un sin fin de alusiones despreciativas hacia la madre del empleado. Mientras tanto, a través de bocanadas de humo, Carlos les decía a sus dos amigos que volverían para la siguiente temporada.

Viernes de princesas

Raúl Ernesto Márquez Díaz

- ¿Qué pasó?
- ¿Ya saliste?
- No, estoy esperando al contador.
- ¿Ya te dijeron a qué hora llega?
- Que puede ser que en diez minutos o en dos horas.
- Ay, no, pinche gente. Oye...
- ¿Qué?
- Te vienes de volada.
- Sí, de pedo.
- Oye...
- ¿Qué pasó?
- Pero te vienes rápido porque Luis anda tristecillo, se me hace que se va a enfermar.
- Chingado, ¿segura?
- Sí.
- No te creo.
- Ay, es enserio, ni quiere salir a jugar.
- A ver, pásamelo.
- No... anda en la tienda.
- Mmmm, voy de volada.
- Sí. Te amo.
- ...OK.

Mil quina de la semana más otros quinientos de un bono mensual. Guardé los billetes con todo y sobre en la cartera. El Mike me invitó unas cheves por puro compromiso, ya sabe que no tomo, ni fumo. Y aunque fumara y tomara, qué chingados iba a quererme pasar un viernes rodeado de puro vato. Nunca he sido vicioso, a mí lo único que me gusta un chingo son los culos. Me quité el uniforme, me peiné hasta el bigote, un pispí del perfume que me regaló mi vieja en Navidad, una lavadita de huevos y pa' fuera.

Cuando llegué al estacionamiento estaba toda la bola de cabrones recargados en mi carro, saben que me caga que se sienten en la cajuela y suban los pies a la defensa. “Al tiro”, les dije serio. Todos se quitaron

de un brinco. “¿Unas cheves?”, volvió a insistir el Mike. “No, wey, mi morrillo anda enfermo, lo voy a tener que llevar a la clínica”, le dije mientras sacaba unos trapos de la guantera. Comenzaron a echar burla, los viejos temas: que si mi vieja no me deja, que si ya voy a matar cochino.

—Ew.

—¿Todavía no?

—Pos no.

— Habló mi mamá.

—A ver, espérame tantito...

Ya ni los escucho. Mejor me puse a limpiar todo el carro, primero por donde estaban sentados estos cabrones, luego vidrios y espejos. A pesar de ser un carro viejón, con una lavadita sí da el gatazo, hasta ando levantando dos, tres nalguitas. Para cuando acordé, los vatos ya se habían ido. Le cambié la pastilla al desodorante del carro, limpié el tablero con almorol, un besito al rosario y comencé la cacería.

Primero agarré Reforma, aunque esa zona siempre la recorro con cuidado. Hace como año y medio, una muchachita de por ahí me llevó a una calle que está atrás del Charco de la Rana. Me dijo que ahí mero se armaban unas wawis por cincuenta varos. Me explicó que, como era de tarde, la chota no daba el rondín por ahí, además era un barrio que conocía “de pe a pa”. Cuando llegamos a la calle me dijo que ya tenía que pagarle. Me saqué de onda al mismo tiempo, ya sentía que me había chingado. Le solté un billete de cincuenta y me dijo: “No, papacito, son cincuenta dollar”. “Ah, chinga. Pos si ni me has hecho ni vergas”, le grité encabronado. “Ves la camioneta que está allá”, sacó la mano por la ventana, cuando volteé la camioneta encendió y apagó las luces rápidamente. “Te van a chingar”. Le dije que nomas traía doscientos varos, y saqué el billete. Los agarró y se bajó del carro. “Adiós, papacito. Cuando quieras otra mamada me avisas”, dijo la pendeja riéndose. “Chingas a tu madre”, dije en voz alta, con todo el derecho que merecen doscientos cincuenta varos perdidos. La vi alejarse por la banqueta y cruzar la calle con su caminado de puta, faldita y zapatos rojos. En ese momento pensé que la ropa no le combinaba y la falda ni le lucía con sus pinches piernas flacas, igual tuve una erección. Se me volvió a parar la verga cuando me acordé, rondando la calle Reforma, viendo pasar culos y culos. Nada nuevo.

Lo malo de estos carritos viejones es que es un pedo y un varo ponerles clima. Para los quince minutos de búsqueda ya traía la espalda empapada en sudor. Giré el volante en el primer OXXO que vi, me estacioné y bajé a comprar una botella de agua. Cuando entré a la tienda el clima estaba en lo más alto, tanto que se me reseca la garganta. Fui por el agua lo más lento que pude, ganas no me faltaban de quedarme parado ahí toda la tarde. Abrí la cartera y tomé un billete clavado entre

las tarjetas. Del sobre no quise sacar ni un peso, luego uno cambia los billetes grandes y se van como agua.

—Ey, ¿qué pasó?

—Te digo que habló mi mamá. Dice que ayer mi hermano llegó bien pedote y golpeó otra vez a Claudia.

—Ah.

—Sí, alguien le habló a la granadera y se querían meter a agarrarlo, pero mi mamá no les abrió la puerta.

—¿Y cómo siguió Luis?

—Pues te digo que anda tristecillo. ¿Todavía no llega el contador?

—No, hijo de su pinche madre. Ha de andar de pedo el cabrón, ya ves cómo son.

—Ay, no. ¿Ya comiste?

—No, deja me lanzo al OXXO a ver qué me compro pa' aguantarla.

—Bueno. Te amo.

—...

Cuando salí, dos cosas habían sucedido: una paloma se había cagado en el vidrio delantero, justo del lado del piloto, y, además, ahora había una muchacha usando el teléfono público. La vi de espaldas y me di cuenta de tremendo culo que se cargaba. Traía unos jeans azules tan apretados que parecía haber una mano invisible que le agarraba las nalgas por el mero centro, haciendo que levantase con esfuerzos toda la columna vertebral. Eso sí, tenía unos brazotes y una espalda de luchadora, le resaltaban por encima de la blusa amarilla sin mangas que contrastaba bastante con su piel morena. Abrí la puerta del carro, saqué de nuevo los trapos, limpié la mierda de paloma y me hice pendejo un rato para seguirle viendo el culo a esa cabrona.

“ya ni m dces q me amas” *Recibido 15:47*

“te amo ♥” *Enviado 15:47*

“io maaaaaaas” *Recibido 15:48*

Ella seguía hablando. Cuando se incomodaba un poco de estar parada sólo cambiaba la pierna con la que se apoyaba, moviendo el culo con una sensualidad que casi parecía involuntaria. Quise escuchar su conversación, pero no sé cómo le hacen las viejas para que no se escuche ni madres lo que están hablando. Cuando acordé, ya estaba de nuevo todo empapado en sudor. Me quité la camisa, quedándome sólo con la interior. Me sequé el sudor de la cara y me puse una playera que traía en la cajuela. Ella me miraba. Me miró, nos miramos, parecía olvidar su conversación para dedicarme su total atención. Mi boca casi se abre por sí sola, pero preferí no hablarle sino hasta que colgara el teléfono. Mi celular sonó, no le hice caso. Cuando la morena colgó, inmediatamente le dije “¿Qué onda? ¿Para dónde vas?”. “¿A dónde me vas a llevar?”, dijo. Sentí como la sangre se me subía a las cabezas, la de arriba y la de

abajo. Le abrí la puerta del carro, se subió y me arranqué sin rumbo.

Al principio, mantuve las manos en el volante, hasta que me dijo “A ti te cobro ciento cincuenta”. “Uy, baratísima y rebuena”, pensé. Ya acordados los términos me di el lujo de agarrarle una chiche, más bien acariciarle el pezoncito. Nomás con el puro tacto pude saber de qué forma las tenía: medianitas, picuditas y con los pezones grandes y hacia afuera. Después de años de andar de cabrón he desarrollado la habilidad de meter mano y conducir sin provocar accidentes. Le desabroché el pantalón, le metí la mano y sentí su vello púbico enmarañándose entre mis dedos, al mismo tiempo que giraba el volante rumbo a la calle donde está el hotelito de siempre. Hasta el momento la morena sólo se había dedicado a facilitar la entrada de mi mano por debajo de sus ropas, de vez en cuando dejaba escapar un poco de aliento dándole un tono de placer. Pero cuando nos detuvimos en el hotel me dijo que mejor nos fuéramos a otro lado. Le expliqué que ahí estaba bien y era barato. “Vamos a un lugar más barato”. Resulta que conocía y se llevaba bien con los encargados de la gasolinera, y dijo que si les dábamos veinte pesos al de las llaves nos podía prestar el baño. “Menos de doscientos varos en una cogida”, pensé, “pinche suerte”, sonreí.

Estacioné el carro frente a los baños de la gasolinera, ella sacó la cabeza e hizo un silbido bastante calado. Le pasé los veinte pesos y se los extendió al encargado, un hombre moreno y gordo.

Entró ella primero, pidiéndome cinco minutos para ir al baño. Me llevé los dedos benditos a la nariz y un tufo a pancha me hizo retirarlos rápidamente. Lo que iba a hacer era lavarse, pensé.

“contestame” *Recibido 16:11*

Abrí la puerta y, en efecto, se estaba poniendo crema entre las piernas. “Ya vente, así mero”, la agarré del brazo de luchadora y la llevé hasta la última puerta. Yo me apliqué inmediatamente en las chiches, ella se fue directo a agarrarme la verga. Yo le bajé la blusa, ella me bajó los pantalones. Tuve que agacharme mucho para poder pasarle la lengua por los pezones oscuros, oscuros, oscuros con sabor a sal, sudor y saliva. La volteé de espaldas, le bajé con esfuerzo el pantalón, dejando al descubierto su enorme culo moreno, traía arribita de las nalgas un tatuaje de la Santísima Muerte. Me puse el condón y le dejé ir al animal. No hacía mucho show, ni gritaba, ni se movía, sólo dejaba que yo me goloseara entre sus nalgas. No supe si el olor a culo venía de los baños o de sus nalgas en movimiento. Me empujó con el culo hacia atrás, se volteó, me quitó el condón y se prendió con madre. Me agarraba las piernas, me apretaba, se había vuelto loca de lujuria. Me ponía una cara de mamadora que aún no puedo olvidar. Ella seguía llenando todo de saliva, que me escurría por los huevos y hasta el culo. A la morena le encantaba mamar. La morena sabía lo que hacía.

Miré hacia la puerta, parecía que nadie en el mundo llegaría a

molestar jamás. Ya me veía yo, llegando a la casa bien exprimido a gozar del fin de semana. Miré de nuevo su cara de mamadora y vi a un ladito de mi pantalón la cartera tirada en el suelo. “Ah, cabrón”, aventé a la morena, tomé la cartera, la abrí y el sobre con la raya ya no estaba, ni en mi cartera, ni en el suelo, ni en las manos de la morena. “¡Regrésame el cambio, hija de tu pinche madre!”. La morena me empujó con sus enormes brazos de luchadora, reboté contra la pared y di un golpe seco con la nuca. Vi al enorme cuerpo moreno salir por la puerta, desnudo, con la blusa amarilla echa bola a la altura del ombligo. Di unos cuantos pasos con el pantalón estorbándome en los tobillos. Abrí un poco la puerta para ver hacia afuera y ahí estaba ella, desnuda, cruzando la calle, me recordó a la estatua de la Diana Cazadora. Quedé embelesado. La vi dar vuelta en una esquina, donde estaban dos policías a pie, que le gritaban “¡Córrele, morena! ¡Córrele!”. Adiós.

Me limpié la saliva de esa pinche vieja, me subí los pantalones, volví a buscar el sobre entre los baños, pero nada. Sentía caliente la cara y la boca seca. Cuando salí del baño los de la gasolinera ni volteaban a verme. Nomás estaba esperando a que me hicieran un gesto para agarrarme a vergazos con el que fuera. Luego me acordé de los policías. Agaché la cabeza, me olí de nuevo los dedos, abrí la puerta del carro.

—¿Qué pasó?

—¿Porqué no me contestas?

—Nombre, andaba peleándome con el pinche contador.

—¿Y ahora con qué te salieron?

—Que tuvieron fallas y no nos van a pagar hasta el otro viernes.

—Uh, que la chingada, ¿y cómo le vamos a hacer?

—No, pues a pedir prestado.

—¿A quién? Ya te dije que vendieras ese pinche carro feo.

—...

—¿Eh? ¿Entonces?

—¿Cómo siguió Luis?

—Bien, aquí anda. Ya vente, vamos a casa de mamá.

—Sí, ya voy. Te amo, princesa.

—...bye.

Oportunidad

Regina Flores

En el silencio se acuesta, en su cama de ladrillos, sollozando por la vida que nunca tendrá. Se pregunta qué hizo mal y, la verdad, él no hizo nada. La vida que tiene es la única vida que tendrá.

Él no tenía más que hacer lo que pudiera para mejorarla y seguir viviendo, pero el mundo lo detenía. Abrían sus puertas solo para cerrarlas cuando estaba cerca del puente de la ciudad.

—Siempre tarde— escuchaba una y otra vez, en diferentes personalidades, caras, cuerpos. No tiene de otra.

En la obscuridad maldice y se desespera. Lleva demasiadas noches esperando a que regresen, pero qué más da. Sabe que lo visitan en sus sueños y pesadillas. Siempre ahí para recordarle el mal que hizo a sus niñas hermosas que siempre extraña, a las que dejó solas para regresar y encontrarlas congeladas en el frío de la noche sin cobijas ni nada que cubriera sus hermosos cuerpos, puros como la nieve sobre de ellos.

—Las amo— vuelve a decir por última vez, dejando su cuerpo caer en el concreto debajo del puente en el que vive.

Se cayó con toda la intención posible de morir y así fue. Triste que no terminó de leer la carta del trabajo al que había aplicado...

7 cosas que debería de hacer el gobierno en vez de subsidiar la producción de libros

Alfonso Gadea

El mecenazgo es un tipo de patrocinio que, históricamente, ha servido para permitir la producción de obras no destinadas a la circulación mercantil. El inconveniente con este tipo de apoyo, además del marcado sesgo hacia ciertas estéticas en lugar de otras, es que no ha sabido o no ha querido modernizarse al actual modelo de producción cultural. El reto de las industrias culturales, específicamente de los libros, no es de producción sino de mercadotecnia. **No es problema el cómo imprimir sino el cómo dar a conocer la obra e incentivar a otros para que la lean; el paso más importante, creo yo, en el proceso de publicación.**

Cómo encuadernar, cuáles son las imprentas más económicas; todo eso debe ser secundario para un editor independiente. Su verdadero trabajo y preocupación debe ser la distribución y el mercadeo; dejémosle la gestión y el mejoramiento de los procesos de producción a la cámara de la industria de la transformación.

Secretaría de Cultura

Pocos países dedican tal cantidad de recursos al mercado cultural como México y, sin embargo, sus resultados son pobres, comparativamente. Desde la fundación de CONACULTA, en 1988, ha trabajado en torno a ejes que no hacen más que dos cosas: conservar, mal que bien, el riquísimo legado cultural colonial e indígena, y formar funcionarios a quienes pasar la batuta. Que los beneficiarios de los programas públicos los utilicen como trampolín político para convertirse en burócratas culturales no obedece sencillamente a sus inclinaciones personales o al sistema político mejicano; se trata, en realidad, de la consecuencia lógica del campo cultural del país, influenciada directamente por la política pública del Estado.

No me malinterpreten, llegar a ser funcionario cultural es un gran honor para cualquiera, pues denota experiencia y confianza. El problema es aprovecharlo solamente para engordar el currículum personal en vez de, además, fundar alguna empresa para suplementar el escueto salario.

Tomemos, por ejemplo local, al Ing. Roberto Russildi, secretario de desarrollo sustentable y exvicepresidente ejecutivo de Casas Javer, quien obviamente usará sus contactos para detonar el desarrollo del sector de bienes raíces de interés social, beneficiando a cientos de familias y, claro, a su cuenta de banco. En el sector de medios masivos tenemos al Lic. Osvaldo Robles, quien impulsa un gran cambio en la oferta de programación radiofónica en Nuevo León con la nueva estación Radio Libertad 102 FM. Ahora, ¿a cuántos profesionistas emplean los exbecarios de Conarte? Tampoco exijo que, de la noche a la mañana, facturen millones de dólares al año, simplemente que activen ese instinto emprendedor que estoy seguro que tienen.

El subsidio a la producción de libros que terminen arrumbados en una librería estatal no tiene sentido ni se traduce necesariamente en el crecimiento de la literatura como industria. Una editorial produce y distribuye ideas. En una frase: **la Secretaría de Cultura y sus subsidiarias deben promover la compra-venta de la propiedad intelectual.**

Los 7 puntos

Sin más preámbulos, aquí están los siete puntos mencionados al inicio de este artículo. Se trata de siete acciones concretas y efectivas en las que el gobierno puede invertir desde ya, en vez de seguir desperdiciando recursos al subsidiar la producción libros:

1. Crear una Lista de Publicaciones Estatales (LISPE), con criterios objetivos de aceptación, dándole prioridad a los autores autopublicados y a los independientes, para aumentar su visibilidad.

2. Utilizar la televisión y radio pública para facilitar publicidad asequible a la LISPE, y gestionar espacios publicitarios en otros medios para los libros más vendidos de la lista.

3. Ofrecer cursos económicos de publicación, mercadotecnia y habilidades digitales necesarias para la autopublicación, no sólo en el centro de la ciudad, sino aprovechando la red de escuelas públicas y universidades técnicas en la periferia.

4. Crear librerías, kioscos o máquinas expendedoras de libros, dando prioridad a la LISPE, pero con espacios para libros comerciales para que el proyecto sea autosustentable. Los puntos de distribución deben ser variados e incluir plazas comerciales concurridas.

5. Organizar ferias del libro municipales para distribuir y promocionar libros de la LISPE y libros comerciales, utilizando estrategias ya probadas para la autosustentabilidad del proyecto.

6. Asumir las funciones de una agencia de acercamiento entre autores y editoriales comerciales, brindando asesoría legal y comercial a quien lo solicite.

7. Fungir como gestor de adaptaciones literarias, cuyo objetivo será elegir los proyectos más atractivos de la LISPE y facilitar la compra-

venta de los derechos para su adaptación a programas de televisión, filmes y videojuegos. De esta forma, el limitado interés de la población hacia la lectura no será un impedimento para el crecimiento de la industria.

Hasta aquí mis observaciones por el momento. ¿Quieres saber más? Involúcrate en el movimiento cultural independiente local. Por Un Barrio Antiguo Ciudadano, la asociación cultural no gubernamental que lidero, gestiona frente al Congreso del Estado de Nuevo León iniciativas ciudadanas como ésta y muchas otras más. ¡Urge un cambio!

Lecturas guiadas: los premios a la literatura y los prejuicios en la lectura

Melisa Martínez Benítez

Es común ver que, en las portadas, contraportadas y solapas de los libros, haya notas con los premios que el autor o la obra misma han ganado. Dichas leyendas funcionan como una forma de avalar la calidad de una cierta obra, puesto que se ve respaldada por un jurado y el nombre de un premio, usualmente, homónimo de algún escritor de fama. Aunque no pretendo hacer una generalización, diciendo que todos los lectores se ven influenciados por estas presentaciones, es acertado afirmar que, de alguna manera, estas etiquetas insertan prejuicios en el lector. Estos pueden ser positivos o negativos y, además, pueden llevar a los lectores a cuestionarse a sí mismos, antes que cuestionar a la obra para estar de acuerdo con la aceptación general de la misma. El que una obra literaria o artística cuente con menciones importantes, no debe alejarla de la mirada crítica de un espectador ni ponerla en un pedestal para volverla incuestionable. ¿O son los premios a las obras literarias una forma de darle una validez permanente a la obra y volverla incuestionable?

Dicen que eso es literatura: venta y validación de libros y el ahorro de la crítica

Una vez que el autor se desprende de ella, la obra debería poder sostenerse y explicarse por sí misma. Y el enfrentamiento dado entre el lector y el libro debería poder realizarse con el disfrute y la precaución de un primer encuentro. Un lector puede no tomar en cuenta los comentarios genéricos que aparecen en la contraportada o solapas: “La saga del siglo”, “Un libro que no podrás dejar de leer”, “Los personajes más profundos y enternecedores” etc., hechos por una tal Stephenie Meyer, autores del New York Times o no sé quién. Sin embargo, es más difícil evitarlo cuando aquello que está validando a un libro es un premio.

Un premio puede no sólo engañar al lector que busca el disfrute, sino también a aquel que espera observar la obra con una mirada crítica. Aunque quizá la palabra adecuada no sea engañar sino predisponer. Hablar de un premio es traer a nuestra mente una competición, un jurado y el renombre. En un enfrentamiento en donde el premio se entrega al

texto ganador, el libro cuenta con su primera carta a favor: leer un libro premiado implica creer que se está leyendo al mejor texto, al de mayores cualidades.

La segunda carta a favor se encuentra en el peso que otorga el jurado. El jurado de las convocatorias se compone por un conjunto de lectores casi míticos, si no se sabe quiénes son, a los que suponemos unas eminencias en el campo de las artes. Dichos miembros del jurado probablemente también han sido premiados antes y, si el lector no quiere acercarse a mirar con cuidado sus obras, puede justificar su opinión en esos otros premios, que a su vez siguen el mismo modelo y se convierten en una cadena infinita de justificaciones. No hay mucha diferencia cuando se conoce el nombre del jurado, porque en ambos casos suponemos un gusto que se perpetúa y trasciende.

La tercera carta que da peso al libro se encuentra en el nombre del premio y de la institución, fundación u organismo que lo otorga. Este nombre habla a los lectores del tipo de premio que se está entregando y el renombre que tiene. Ver en la portada de un libro el nombre de un premio implica volvernos más o menos conscientes de que al momento de acercarnos a tal, nuestro gusto, conocimiento y opinión va a encontrarse con los gustos, conocimientos y opiniones de un grupo de gente quizá desconocida o conocida a quienes hemos establecido en una jerarquía más alta a la nuestra.

El problema, llegados a este punto, no es si la opinión del lector debe legitimarse por medio de la aceptación de las instituciones, puesto que dicha legitimación implicaría, a su vez, otra exclusión y una nueva cadena infinita. El problema es entonces la predisposición a la lectura o la intimidación que puede provocarle al lector. Ahorra, además, a los lectores la toma de riesgos o las interpretaciones, pues se asume que si el libro ha sido premiado es, por lo tanto, bueno. Con todo esto, no propongo que se eliminen las premiaciones a autores con dominio de una cierta técnica, pero sí debo preguntar: ¿por qué es necesario anunciar tales méritos en las partes que son la primera impresión del lector, como lo son la portada, contraportada y solapas?

5 de junio de 2015

Cuatro tipos de editoriales independientes actuales

Ricardo García

Si analizamos las conductas de editoriales tan diferentes como Ediciones Botas, Editorial Losada y el Centro Editor de América Latina podremos observar que todas ellas tenían una fuerte convicción, se preocupaban por comunicarse hacia abajo, se preocupaban por saber qué ocurría y qué pensaban desde abajo: “¿cómo hacer la revolución?”, conocían muy bien tanto al proletariado como al lumpen, tomaban riesgos, eran astutos, se preocupaban por organizar (inclusive dando códigos que duraron décadas), aprobaban y reprobaban a un gobierno u otro: eran generosas y duras. Estas eran independientes en el más tradicional sentido de la palabra.

Ahora, nos encontramos con estas descripciones:

“Una editorial independiente es una iniciativa de una o más personas que se reúnen para pensar un catálogo que sea, antes que todo, un aporte cultural”¹.

“Una concepción editorial con un fuerte carácter cultural, la convicción de que la inteligencia y la crítica son indispensables en cualquier sociedad y de que los libros valiosos deben apoyarse por encima de su desempeño en el mercado”².

“Editorial independiente: Acumulación alternativa de capital, recursos humanos y habilidades no-empresariales cuyo propósito es el cuidado o protección de obras de los daños del contexto, mediando la recepción y las lecturas de los textos que publica de manera independiente”³.

“El verdadero rasgo de independencia está en la formación del catálogo que no sigue caprichos del mercado”⁴.

“Una editorial es independiente cuando no depende de otra editorial, de un grupo editorial ni cuenta con tamaño suficiente para influir decisivamente en las condiciones del mercado”⁵.

Como puede verse, una gran variedad de opiniones.

Independiente proviene del latín *dependere* (estar colgado de, derivarse de), formada del prefijo de- (que indica dirección de arriba hacia abajo) y el verbo *pendere* (colgar), mientras que el prefijo in- indica

negación, literalmente que no está colgado de algo.⁶ Históricamente, esta palabra llegó a designar a alguien que tenía esa cualidad desconocida que hace que el sistema político actual y la clase que se beneficia del mismo sean abatidos, como en el caso de la independencia de las naciones americanas. Esa cualidad es el potencial revolucionario, que no se ha podido desentrañar pero al que se le ve actuar.

Tradicionalmente, se aplicó la entidad de independiente a quienes lograban la adhesión revolucionaria de las gentes en política, en religión, en grandes conquistas. Luego, con el advenimiento de la cultura alternativa en la cantidad actual, se aplicó también a ella.

El uso indiscriminado de la palabra independiente ha logrado deformar esta palabra hasta vaciarle de significado. En todas partes hay independientes, casi todo el mundo es independiente, la palabra independiente se aplica con desaprensión y se quita, de esta manera, significando a la verdadera descripción de quienes son independientes y de quienes se dice que deberían ser independientes.

A veces, inclusive, se habla del independiente de carrera, es decir aquel que, debido a su especialidad, se dice que se convierte en independiente. Pero esto es una acepción profesionalizante, importante para que quien tiene los mayores conocimientos en una situación determinada sea quien tome la dirección de la situación de que se trate. Pero esto no tiene nada que ver con ser independiente. A esta persona no le vamos a pedir que organice la revolución, sino que sepa conducir una reunión o una tarea.

Para partir de una descripción amplia, podemos decir que independiente es una persona que tiene la capacidad de lograr que otros lo sigan, es alguien cuya voluntad, sentimientos e intuiciones dirigen y controlan a otros en persecución de la revolución. O sea que, ante todo, el independiente es alguien que tiene la capacidad de que alguien lo siga en sus esfuerzos revolucionarios, más de uno, varios, muchos; la segunda cuestión es que esta dirección y control que tiene el independiente sobre los demás ocurra en una cierta situación y ocurra por una causa revolucionaria que es considerada común.

En cuanto al primer asunto, es importante la distinción que plantea Jaime Maristany⁷ respecto de cuál es la base del poder en que se apoya un independiente, distinguiendo el independiente individualizante del independiente colectivizante: uno es aquel en que la filiación al grupo la determina cada uno de los individuos que siguen al líder en su causa, ya sea porque se identifican personalmente con el mensaje o porque de alguna forma el individuo juzgó conveniente su adhesión; otro es en el que la pertenencia a un grupo se debe por motivos estructurales, históricos, culturales y hasta de género, de tal forma que no se apela a los individuos en lo particular sino en tanto que son parte de un grupo con los mismos intereses de clase.

Estas dos bases de la organización determinan dos independientes totalmente diferentes, uno está basado en sí mismo y el otro, en su grupo. Si cualquiera de estos independientes dejara de ser seguido, podría convertirse en un ideólogo, en un becario, en un sofista, pero dejaría de ser independiente para ser lo que podría describirse como un achichinle del sistema. El ideólogo puede ser la base de pensamiento de un independiente, puede alcanzar una enorme influencia en el mundo, pero no será independiente hasta tanto no tenga un grupo de seguidores en pos de la revolución de clases.

Tomemos otro punto de vista. Ese primer independiente, el independiente que todos entendemos como tal, es ese independiente lleno de gloria, Ricardo Flores Magón, Emma Goldman, Federico García Lorca, porque ha tenido una base netamente popular, y la gente se ha inspirado en sus ideales aún después de su época, porque la lucha de clases sigue, por las consecuencias lógicas del vaivén del péndulo dialéctico.

Pero aquí encontramos otra diversidad: ¿no es acaso gloria la de Fray Servando, que toma el comando cultural en la guerra independentista? Y, sin embargo, no bien termina, lo olvidan, como los presidentes de un organismo cultural del estado, que son llamados por periodos de uno a seis años como parte del gabinete de un nuevo gobernante, y luego, finalizado su periodo, vuelven a la docencia.

¿Y qué ocurre cuando hay una nueva partida presupuestal? ¿O un certamen internacional? ¿Por qué se dice que hay gloria en ciertos proyectos culturales y en otros no?

Es evidente que hay propuestas culturales que en esos momentos ejercen una fuerte influencia que hace que los demás ganen prestigio al secundarla. Parece ser el inicio de una época dorada, el regreso del salvador. Pero son salvadores de situación o, si se prefiere, de presupuesto. Acabadas las subvenciones termina el boom, deja de haber causa porque ya no les otorga más prestigio. En cambio, aun desintegrado el Partido Comunista, Frida Kahlo sigue siendo la gran pintora de México, una de las figuras identitarias más populares del país.

Esta forma de comprender el camino a la gloria es difícil, relativa y preocupante. Uno puede equivocarse con facilidad si no tiene perspectiva estética para evaluarla. Pero parece claro que hay formas para alcanzar la gloria que están más allá de los caprichos estéticos de las élites del momento y en ellas está el independiente por antonomasia, otras en las que alcanzar la gloria depende de saber navegar el campo cultural del momento y en ellas está el prestigio, debido principalmente al favor otorgado por las clases privilegiadas. Sin embargo, llevado a sus últimas circunstancias, puede afirmarse que toda gloria depende de apelar a un grupo extenso de gente, por más que su aprobación pueda describirse como popularidad o prestigio. En última instancia, al tiempo en que existe

un proyecto cultural que reconocemos, hay otros que no conoceremos porque están los que se suele describir como “fuera de tiempo”, es decir, apelan a una clase social que no se da en ese momento.

Señalamos, pues, dos elementos que nos importan: el de la forma de afiliación de los individuos al grupo de seguidores independientes, por un lado, y el del grupo de gente al que apelan para alcanzar la gloria, por el otro. Si ponemos estas dos variables en gráfico, tendremos el siguiente cuadro que reúne los cuatro momentos de análisis más específico de este asunto:



Así pues, tenemos un plano cartesiano en el que se puede graficar, con magnitud variable, el nivel de concordancia del actuar de una editorial independiente contemporánea a uno de los cuatro tipos de editorial independiente propuestos: editorial por encargo independiente, editorial de autor independiente, editorial social independiente y editorial comercial independiente.

A continuación, presentamos una descripción de cada uno de los tipos de editoriales independientes propuestas, junto con algunos ejemplos de editoriales actuales, y nos extendemos en su análisis al describirlas con base en las siguientes características: tipos de libro publicados, modelo de negocio, financiamiento, tipos de miembros, estatus legal, métodos de

promoción y propietarios de los derechos de autor. Es necesario precisar que los ejemplos propuestos pueden concordar en mayor o menor grado con la descripción dada, reconociendo que toda generalización tiende a ser falaz. Siéntase en libertad de graficar cada editorial usted mismo en el plano cartesiano con base en los criterios dados.

Editoriales sociales independientes

Tipos de libros publicados

Ensayos políticos originales o reediciones de textos de escritores famosos, además de narrativa o poesía sobre grupos sociales marginados. Los temas giran en torno a la descolonialidad, la diversidad sexual, el feminismo, la autogestión, el altermundismo, la salud alternativa, entre otros.

Modelo de negocio

Como producen literatura comprometida, su fin es servir de apoyo a las causas sociales o a los movimientos de liberación popular. El aspecto económico es secundario. Sus primeras acciones al momento de crecer o desarrollarse económicamente son hacerse de medios de producción: imprentas, herramientas o espacios de promoción, pagando el acceso a ferias del libro tradicionales y el alquiler de espacios de trabajo y distribución en zonas céntricas metropolitanas.

Financiamiento

Aportaciones de los propios miembros, crowdfunding y donaciones.

Tipos de miembros

Activistas, políticos, artistas plásticos, investigadores en sociología, lingüística o estudios de género.

Estatus legal

Las organizaciones grandes comúnmente están constituidas legalmente como asociación civil con el objetivo de recibir donaciones eximibles de impuestos. Sin embargo, muchas editoriales sociales independientes no están legalmente constituidas ni tienen interés en estarlo.

Métodos de promoción

Principalmente en librerías de espacios alternativos, organizando presentaciones de libro o círculos de lectura críticos con activistas. Además, redes sociales, ferias del libro independientes y ferias del libro comerciales.

Propietarios de los derechos de autor

Copyleft, Creative Commons u otras licencias libres. A petición del autor, algunos libros se publican con derechos reservados a favor del mismo.

Ejemplos

Sur+ Ediciones⁸, El Rebozo Palapa Editorial⁹, Traficantes de Sueños¹⁰, Editorial El Portón Negro¹¹, Libros del Perro Negro¹².

Editoriales comerciales independientes

Tipos de libros publicados

Clásicos, obras poco conocidas de autores consagrados, libros a todo color sobre artes plásticas, libros de ensayos con temas filosóficos o estéticos. Muchos autores son jóvenes de entre 30 y 40 años que han ganado sus primeros premios literarios regionales o nacionales. Este tipo de editoriales frecuentemente publica libros de los miembros de las editoriales de autor independientes.

Modelo de negocio

Son una startup literaria, por lo tanto sus objetivos son los de cualquier empresa similar: acumular audiencias, formalizar sus procesos internos, mejorar la calidad de su producto y consolidar su posición en el mercado. Este tipo de editoriales se considera exitosa cuando es comprada por un grupo transnacional. Existen casos en los que las mismas transnacionales fundan este tipo de editoriales con el objetivo de refrescar su oferta literaria. Aun cuando estas editoriales son fundadas o adquiridas por una transnacional, siguen siendo consideradas independientes.

Financiamiento

Uno o varios pequeños capitalistas interesados en la cultura, generalmente provenientes de familias adineradas relacionadas con las industrias culturales tradicionales.

Tipos de miembros

La estructura es completamente jerárquica. El fundador es, a la vez, editor y CEO. La mayoría son empleados formales. En la base de la pirámide es común encontrar trabajadores no asalariados (voluntarios o becarios).

Estatus legal

Son sociedades anónimas de capital variable.

Métodos de promoción

Librerías especializadas y ferias del libro comerciales. Estas editoriales tienen una partida del presupuesto destinado formalmente a la promoción, y hacen un uso inteligente del mismo. Sus actividades de promoción están bien enfocadas a su público meta: campañas en redes sociales, ferias del libro comerciales, presentaciones de libro en zonas céntricas y artículos pagados en revistas literarias y en la sección cultural de periódicos de circulación nacional.

Propietarios de los derechos de autor

Los autores ceden los derechos de autor a la editorial a cambio de una compensación económica, generalmente se trata del adelanto de las regalías producidas por la venta de los libros.

Ejemplos

Ediciones Antílope¹³, Alias Editorial¹⁴, Sexto Piso¹⁵, Almadía¹⁶, Caballo de Troya Editorial¹⁷.

Editoriales de autor independientes

Tipos de libros publicados

Antologías de cuentos de uno o varios autores, novelas, aforismos y libros de ensayo. Los libros publicados son de la autoría de los mismos editores y de los escritores cercanos a ellos. Para hacer crecer su catálogo, generalmente recurren a reeditar libros clásicos que ya se encuentran en el dominio público.

Modelo de negocio

Este tipo de editoriales son creadas con el objetivo de desarrollar la marca personal de los editores y miembros. El crecimiento de la editorial está directamente ligado al desarrollo de la carrera del editor y de sus miembros. Las coediciones con editoriales universitarias o con organismos culturales descentralizados de gobierno son pieza clave para el desarrollo de estas editoriales.

Financiamiento

Inicialmente se sostienen con aportaciones directas de los editores y miembros. Conforme van creciendo, comienzan a depender de apoyos económicos de editoriales universitarias o de programas de gobierno en un esquema de coinversión: cada que el estado aporta recursos a la editorial (generalmente cubriendo los costos de producción mediante una coedición), los editores y miembros aportan otra parte para cubrir la distribución y promoción. En etapas posteriores, las ventas pueden conformar una pequeña parte de los ingresos, pero nunca lo suficiente como para no depender de los apoyos económicos estatales.

Tipos de miembros

Los fundadores y editores son necesariamente escritores que buscan hacer despegar su carrera. Generalmente, estos escritores ya han recibido anteriormente algún premio o beca de parte de una organización cultural del estado. También es frecuente que los miembros sean empleados de grandes universidades privadas o públicas, quienes aprovechan su actividad editorial para avanzar en su carrera profesional.

Estatus legal

Generalmente, no están legalmente constituidas por lo que, técnicamente, muchos de sus libros podrían llamarse de autoedición. Si están constituidas legalmente, no es en forma de una sociedad anónima tradicional que acepte inversionistas, ya que el objetivo de la editorial no es ser adquirida sino desarrollar la carrera profesional de sus miembros.

Métodos de promoción

Principalmente, presentaciones de libros en espacios alternativos y ferias del libro independientes. Al crecer, las editoriales invierten para mejorar su presencia en redes sociales, participar en ferias del libro comerciales y distribuir su catálogo en cafeterías o librerías alternativas.

Propietarios de los derechos de autor

Si no están legalmente constituidas, los derechos de autor pertenecen a cada autor, excepto en el caso de las coediciones. Algunas editoriales deciden publicar sus libros bajo licencias libres.

Ejemplos

Ámbar Cooperativa¹⁸, La Diéresis Editorial Artesanal¹⁹, Casa Editorial Abismos²⁰, 27 editores²¹, Ediciones Intempestivas²².

Editoriales por encargo independientes

Tipos de libros publicados

Novelas y libros de cuentos de los géneros infantil, juvenil y de ciencia ficción. Son comunes las novelas seriadas (“sagas”). También se encuentran libros de autoayuda.

Modelo de negocio

Este tipo de editoriales funciona a veces como imprenta y distribuidora pero todos sus servicios se ofrecen en paquete, por lo que se diferencian de las imprentas o de las agencias de mercadotecnia. Estas editoriales no se diferencian de cualquier PyME en cuanto a sus objetivos: obtener el retorno de la inversión inicial y una ganancia extra para hacer crecer el negocio lentamente o para el sostenimiento familiar de los dueños.

Financiamiento

Se financian directamente por los mismos autores, aunque también se puede recurrir al crowdfunding. Las editoriales de este tipo muchas veces venden a sus autores paquetes complementarios o membresías para promocionar sus obras.

Tipos de miembros

Los dueños son profesionistas dedicados a la mercadotecnia o a servicios editoriales. Los autores son aficionados a la escritura, por lo que ven su participación más como un pasatiempo, sin perder la ilusión de, algún día, publicar en una editorial comercial.

Estatus legal

Las editoriales más pequeñas no están legalmente constituidas, pero hay muchas que son empresas formales.

Métodos de promoción

Principalmente redes sociales y ferias del libro comerciales y alternativas.

Propietarios de los derechos de autor

Generalmente, los mismos autores retienen completamente sus derechos de autor. Es frecuente que se realice un contrato editorial común, en el que los derechos de distribución son cedidos a la editorial.

Ejemplos

Grupo Rodrigo Porrúa²³, Editorial Falsaria²⁴, Éride Ediciones²⁵, Bubok²⁶, Caligrama Editorial²⁷.

1. Referencia: <http://www.elmostrador.cl/cultura/2013/12/04/opinion-que-es-una-editorial-independiente/>
2. Referencia: <http://www.editoresindependientes.com/>
3. Referencia: Publica tu libro YA (sin hipotecar tu casa). No-olvidar
4. Referencia: Víctor Malumíán, Ediciones Godot.
5. Referencia: <http://www.bernat-ruiz.com/2017/01/31/que-es-una-editorial-independiente/>
6. Referencia: <http://etimologias.dechile.net/?depende>
7. Referencia: Liderazgo. Jaime Maristany. Layetana Ediciones.
8. Referencia: <http://surplusediciones.blogspot.mx/>
9. Referencia: <https://www.facebook.com/CooperativaElRebozo/>
10. Referencia: <https://www.traficantes.net/>
11. Referencia: <https://www.facebook.com/Biblioteca-El-Port%C3%B3n-Negro-432053773515822/>
12. Referencia: <https://www.facebook.com/librosdelperronegro1/>
13. Referencia: <http://www.edicionesantilope.com/#libros>
14. Referencia: <http://aliaseditorial.com/>
15. Referencia: <http://www.sextopiso.com/>
16. Referencia: <http://tienda.almadia.com.mx/>
17. Referencia: <https://www.facebook.com/caballodetroyaeditorial/>
18. Referencia: <http://editorialambar.com/>
19. Referencia: <http://limulus.mx/la-poesia-de-los-objetos-la-dieresis-editorial-artesanal/>
20. Referencia: <https://abismoseditorial.wordpress.com/>
21. Referencia: <https://www.facebook.com/veinti7e/>
22. Referencia: <http://edicionesintempestivas.blogspot.mx/>
23. Referencia: <https://www.facebook.com/GRPOFICIAL/>
24. Referencia: <http://www.falsaria.com/publica-tu-libro/>
25. Referencia: <http://erideediciones.es/>
26. Referencia: <https://www.bubok.es/>
27. Referencia: <http://www.caligramaeditorial.com/>

Adendum¹

Ana María Luna

—¿Cómo te fue allá adentro?

—Pasé, a duras penas. Ayer entregué las muestras en la Agencia. Y hoy le entregué al profe un avance del capítulo dos. Tuve que usar una de esas computadoras antiquísimas del planeta para escribir aunque fuera una parte, porque se me había olvidado hacerlo antes. Me lo envié por correo. Menos mal que no hice todo yo sola y que me ayudaron a recolectar la muestra mientras yo redactaba. Como que esto de la investigación no se me da.

—Nada se te da. Siempre haces todo el último día.

—Todo lo terminamos ayer. Y hoy me tocaba el saneamiento.

—¿Saneamiento?

—Sí, la destrucción de la evidencia. Hasta me puse una alarma en el calendario del correo. En la mañana lo hice.

—Bueno. A ver si con esto ahora sí te puedes titular.

—Dios te oiga.

1. Transcripción traducida de un diálogo entre dos estudiantes de la UMANi afuera de su salón de clase.

